

Prólogo

Detroit, Michigan

17 de marzo, 1.45 de la madrugada

La sombra del destino lo esperaba camuflándose en la noche, envuelta por sus espiras, a veces protectoras, a veces amenazantes. Gélidas, como el corazón de quien dominaba la oscuridad.

Seguiría esperando, porque él llegaría.

Soplaba un viento helado del norte que anulaba los sonidos que recorrían las calles en un estertor lúgubre e inquietante. Las ráfagas se llevaban consigo el olor acre del vicio que se colaba por la ranura de las ventanas y atravesaba la espesa capa de cortinas, echadas para esconder los secretos: un paraíso perdido velado por un cóctel letal de polvo blanco y deseos concedidos.

El estruendo de un coche dejó en segundo plano el ritmo frenético que provenía del interior del edificio. El vehículo se acercó y se detuvo frente a la imponente entrada, haciendo añicos los tonos oscuros de la noche con su rojo Ferrari.

Como plata líquida, ojos de hielo brillaron en la oscuridad, afilados como la hoja de un cuchillo, como los ojos de un gato que ha dividido a su presa, mientras un hombre con melena cobriza bajaba del coche con actitud fiera.

El viento intensificó su fuerza mientras una sonrisa avispada se escondía en la penumbra.

—¡Eh! —exclamó el hombre con voz arrogante, moviendo dos dedos hacia el aparcacoches, que vestía un traje gris, para que se acercara—. Te estoy hablando a ti.

El aparcacoches se acercó inmediatamente, como si el reclamo del hombre hubiese sido una orden, e inclinó la cabeza a modo de reverencia antes de agarrar al vuelo las llaves que el propietario del coche le acababa de lanzar.

—Señor Mason, bienvenido al Royalty Pleasure. Es un *placer* volver a tenerle con nosotros.

—Cuida de mi señora —le ordenó sin ni siquiera preocuparse de responderle. Pasó un dedo por la deslumbrante carrocería. Después, una sonrisa irónica le iluminó el rostro—. Estoy seguro de que esta noche tendré demasiadas a las que conceder mi atención.

Jasper Mason abrió la puerta del pasajero con actitud socarrona.

Dos piernas larguísimas y desnudas asomaron por la puerta roja y una mujer, envuelta en un ceñido abrigo negro, salió del vehículo ignorando la mano que le ofrecía el hombre. Pasó por su lado con gracia, dejándolo con la mano suspendida en el aire para reponerse del agravio sufrido. El hombre, con su orgullo herido, parpadeó y apretó la mandíbula durante un segundo antes de cerrar la puerta. Después se acercó al aparcacoches, que lo miraba con la espalda recta y la cabeza altiva, y le cogió la etiqueta que llevaba en el pecho. Se acercó a la escasa luz de neón que procedía del edificio a sus espaldas para examinarla.

—Byron Sullivan —leyó con dificultad, como si a sus ojos les costara enfocar las palabras. Le colocó bien el cuello de la chaqueta, alisándolo con cuidado mientras el joven continuaba mirándolo, impasible—. Apuesto a que no podrías pagármelo con todo lo que tienes —sentenció bruscamente, como si quisiera desquitarse del rechazo de la mujer—. Más te vale que me lo devuelvas sin un rasguño —le advirtió, señalando el coche.

—¡Jasper! ¿Vienes o tengo que entrar sola? —gritó la mujer desde la puerta.

El viento volvió a soplar con más intensidad, obligándola a agarrarse el escaso tejido que cubría su piel mientras un escalofrío helaba las venas de Jasper de forma inesperada. Una sensación espantosa lo obligó a mirar hacia atrás. Una vieja farola centelleó y se apagó. Sus ojos recorrieron la acera vacía hasta el otro lado de la calle, semiescondido en una oscuridad arcana, como si la amenaza que sentía proviniera de aquel punto. Frunció el ceño al descubrir que sólo se trataba del viento.

Negó con la cabeza, mofándose de sí mismo:

—Y pensar que aún no me he aplicado a fondo esta noche —susurró—, no más que en otras ocasiones, al menos. Debe de ser este sitio.

—¡Demonios, Jass! ¡Me estoy helando aquí fuera! —le apremió la mujer.

Jasper se deshizo de aquellos pensamientos insólitos y rodeó con un brazo el cuello de la chica mientras escondía algunos billetes en el bolsillo del hombre alto e imponente que se elevaba por encima de sus

menudas siluetas. El fornido gorila que custodiaba la puerta apenas se movió, como si no los hubiera visto.

—Bien —respondió ella, encolerizada—, empezaba a pensar que tenías *demasiadas cosas a las que prestar atención* como para acordarte de mí.

A pesar del reproche que escondían sus palabras, Jasper captó la pena en su voz. Resopló con desenfado mientras volvía a agarrarla, esta vez por la cintura.

—¿Pero qué dices, pequeña? ¿Si no, qué haría aquí contigo? Supongo que no vas a estar de morros toda la noche, ¿verdad? Tenemos muchas horas por delante hasta que amanezca. —El ruido del interior llegaba sofocado y amortiguado hasta que la puerta se abrió—. ¡Dejémonos llevar en este infierno!

El ritmo frenético y ensordecedor de la música los embistió y provocó una descarga de adrenalina en sus venas.

La puerta se cerró a sus espaldas, empujándolos al interior.



3.49 de la madrugada

El golpe furioso de una puerta de servicio desgarró la calma de la noche. Jasper avanzaba con dificultades en la oscuridad obligando a una mujer enfundada en un vestido rojo a seguirlo.

—¡Señor Mason, déjeme! ¡Le he dicho que no tengo ninguna intención de ir con usted! —La voz de la mujer delataba su consternación mientras caminaba junto al hombre, que tenía el cerebro nublado por un cóctel de sustancias ilegales incluso en aquel lugar.

El callejón trasero sofocaba cualquier sonido en la lúgubre oscuridad de las estrechas paredes de aquel rincón dejado a la mano de Dios. Parecía una espesa capa negra. El polvo cubría toda la superficie y se mezclaba con el hedor de la basura que había en las aceras, convirtiendo el aire en un sarcófago nocturno.

—Vamos, pequeña apostadora.

La versión borracha y derrotada de Jasper seguía arrastrándola, intentando vencer sus lábiles defensas. A pesar de la precaria estabilidad del hombre, ella nunca podría contrarrestar su fuerza.

Otro tirón a la mujer y la noche los envolvió por completo con su manto oscuro.

—¡No... no puede obligarme a estar aquí con usted! —dijo con un hilo de voz desesperada. Su autocontrol empezaba a ceder mientras el cuerpo del hombre la empujaba contra la pared—. ¡Déjeme, le he dicho que me deje! —gritó al borde de las lágrimas—. Por favor... —suplicó casi con resignación. Después, un atisbo de esperanza la iluminó, como luz abriéndose paso en la oscuridad—. ¡Aquella mujer, les he visto juntos, estaba con una mujer en el local! ¿Qué pensaría su novia si nos viera ahora mismo? —Intentó hacerlo entrar en razón.

Una carcajada vibró en el cabello de la mujer, helándole la sangre. Su intento desesperado no había surtido efecto. El hombre se mofó de ella.

—No podría. Mi novia cree que estoy en la cama... Ah, pero supongo que te refieres a Jasmine... Adorable, cierto, pero no es más que una furcia. Una de tantas. —Jasper se apartó un instante para poder ver su rostro en el velo negro que envolvía el aire—. Igual que tú. No nos verá nadie, tranquila.

Ella negó con la cabeza, asustada, y Jasper le puso un dedo en los labios.

—Dime cómo te llamas...

La mujer, paralizada por el miedo, no respondió.

—Ándate con cuidado, pequeña... O podría dejar de ser tan amable.

—¡Vanessa, me llamo Vanessa!

—Nessa —repetió mientras la contemplaba atentamente. Parecía que aquel nombre le gustaba—. Diría que no eres de aquí; hablas bien mi idioma, pero tienes un acento tan delicioso... Francesa, ¿verdad? Te confieso que eso me vuelve loco.

—Por favor...

—Shhh, no quiero hacerte daño —murmuró mientras recorría su cuello con la nariz—. Sólo quiero divertirme un poco contigo. Después me lo agradecerás. —Le lamió el lóbulo de la oreja mientras ella se retorció de repugnancia—. Es una promesa —añadió en un susurro que evidenciaba su excitación.

—Por favor, se lo pido, yo...

—Te gustará —jadeó. La agarró por las nalgas y la levantó, apretando su cuerpo contra el de ella, preso del deseo—. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo me has estado mirando toda la noche?

—¡No! —contestó enseguida, como si hubiera hallado una vía de escape—. Se... se equivoca. Es mi trabajo. Sólo llevo aquí dos noches,

déjeme, por favor. Simplemente me han pedido que sea amable con los clientes que vienen a apostar...

El hombre gimió de deseo al escuchar el sonido prolongado de su voz.

—¿Lo ves? —Le apartó el pelo y se lo colocó detrás del hombro—. *Esto* es exactamente lo que vas a hacer por mí, sólo tienes que ser amable, yo me ocuparé del resto. —Le besó la base del cuello y Vanessa empezó a temblar; su cuerpo se sacudía y las lágrimas que había reprimido hasta entonces comenzaron a caer—. Además, yo no soy un cliente cualquiera, soy un hombre importante, ¿sabes? No querrás que te despidan, ¿verdad? —murmuró sobre su piel mientras le bajaba las braguitas hasta las rodillas.

—¡No! ¡No, por favor, pare! —suplicó, indefensa como una niña pequeña.

Con una sola mano, el hombre se desabrochó el cinturón y los pantalones mientras con la otra recorría de abajo hacia arriba el muslo de la mujer hasta llegar a las nalgas. El placer lo aturdió de tal modo que un gemido se escapó de su boca justo cuando una lágrima, cálida, se deslizaba por el rostro de Vanessa, resignada ante lo que estaba a punto de suceder.

—No te hagas la estrecha. Aquí todas sois unas *putas* —jadeó Jasper, pero un ruido metálico rompió aquella intimidad impuesta. El eco resonó en el callejón con un sonido tétrico y amenazador.

Jasper levantó la cabeza. Su corazón latía con fuerza y sin control. Aquella distracción fulminante bastó para que Vanessa se zafara del hombre. Lo empujó con toda su fuerza justo cuando Jasper levantó la cabeza, alarmado por aquel ruido inesperado, y forcejeó hasta que se liberó de él. En ese momento, a unos metros de allí, la tapa de una alcantarilla rodó por el asfalto, ignorando las leyes de la física.

—Pero qué diablos... —soltó Jasper, aturrido por la violenta interrupción. Hipnotizado por el ruido metálico de la tapa, no se dio cuenta de que Vanessa había escapado hasta que oyó unos tacones de aguja alejándose por el callejón apresuradamente.

Un gato con el pelo erizado dio un brinco y aterrizó sobre unos contenedores, haciendo que se sobresaltara de nuevo.

—Estúpido gato —despotricó con un nudo en la garganta, expulsando el aire que no quería salir de sus pulmones. La fuerza que le proporcionaban las drogas empezaba a disminuir; era el turno de las arritmias y los temblores repentinos e involuntarios—. ¡Estúpidas mu-

¡eres! —gruñó de nuevo, ululando en la oscuridad—. ¡Corre, escapa! ¡Me da igual, sólo había salido para mear! —gritó al repiqueteo de la mujer, cada vez más débil—. Puta —dijo entre dientes—. No debería haber venido a este agujero, todos están como una cabra.

Mojó la pared con su orina mientras se deshacía de sus escorias líquidas. El ruido de la cremallera al cerrarse resonó en el callejón de forma extraña.

Jasper empezó a temblar, pero no parecía una consecuencia de las drogas. Era como si algo en su interior se estuviera despertando, poniéndolo en alerta. Miró a su alrededor, preocupado de repente; sentía que no estaba solo, que alguien lo estaba observando.

—¿Quién hay ahí? —gritó presa de un pánico inesperado. Dio algunos pasos, poco a poco, con cautela. El sonido de sus zapatos al moverse era espectral. Se sobresaltó al oír el chirrido de la puerta a sus espaldas, pero cuando se giró, con un nudo en la garganta, vio que estaba cerrada—. Pero qué cojones...

Todos los nervios de su cuerpo estaban en tensión y su corazón latía a un ritmo tan desenfrenado que sus venas iban a reventar en cualquier momento. Una ráfaga de viento lo abofetó y Jasper giró la cara enloquecido, como si alguien de verdad le hubiera pegado.

—¿Quién anda ahí? —volvió a preguntar.

Un fragor lo sorprendió al fondo del callejón; algo había caído al suelo procedente de los contenedores de basura pútridos. Jasper se llevó la mano a la espalda, agarró la pistola y cinco disparos frenéticos estallaron en la noche antes de que pudiera controlar su reacción. Fue recuperando el resuello mientras su cuerpo volvía a temblar.

Todo lo que había a su alrededor enmudeció.

Lentamente, Jasper se acercó adonde acababa de disparar, intentando distinguir lo que la noche se esforzaba en ocultarle. Con el pie apartó algo negro que había en el suelo. Se trataba de una mera bolsa de basura. Una rata chilló y le asustó.

—Rata de mierda, te voy a matar.

Levantó la pistola para disparar al roedor, pero el lúgubre aullido de un lobo resonó a lo lejos como el lamento de una bestia infernal, creando un eco amenazador y haciendo que su ritmo cardíaco se acelerara de nuevo como un temporizador enloquecido. Jasper se frotó los ojos con la mano, su frente estaba perlada de sudor frío.

—¡Joder! No debería volver a meterme esa mierda —se dijo con las manos temblando.

Una ligera niebla, helada e inquietante, se insinuaba en la oscuridad. La atmósfera no podía ser más espectral. Jasper sintió de repente la necesidad de alejarse de aquel lugar. Decidió regresar al local, pero a su espalda seguía percibiendo el aliento de aquella presencia, como si se tratara de un fantasma empeñado en atormentarlo.

El silencio había tomado las riendas de la noche y él se esforzaba por recuperar la calma. Pero por alguna razón no conseguía moverse y los escalofríos sacudían su cuerpo. Se preguntó si aquella noche había ido demasiado lejos, si su cuerpo sería capaz de soportar los lujos que se daba.

En un rincón de su conciencia, algo seguía insistiendo en que no se trataba de las drogas. Otro escalofrío le azotó la piel. Tragó saliva y escuchó un sonido; no supo si provenía del aire, de la tierra o quizás de su interior. Pero aquel ruido amenazante le había helado la sangre en las venas, paralizándolo. Ríos de sudor caían por sus sienes mientras un gruñido espectral, inhumano, lo hacía temblar. Se preparó para apretar el gatillo.

—¿Quién cojones...?

Un sonido violento a sus espaldas le obligó a girarse; un pinchazo en el pecho le arrebató el aire de los pulmones, como una planta a la que arrancan violentamente de la tierra. Sus pupilas ardieron por un instante, aterradas, al ver el hierro oxidado que le atravesaba el cuerpo a la altura del corazón, pero enseguida perdieron vigor y sus ojos se rindieron.

Salpicaduras de vida de color escarlata se deslizaban por el metal, goteando en el hormigón húmedo hasta formar un charco carmesí.

Con el barniz desconchado impregnado de sangre, la barandilla de la escalera antiincendios seguía vibrando. La repentina y disparatada carrera de Jasper se había detenido al resbalar y clavarse el hierro en la carne. Un último espasmo y la muerte, fulminante, le arrancó la vida mientras su mirada reflejaba el grito sofocado de su abatimiento enmudecido.

El último aliento se escapó de su boca y su cuello se abandonó en una postura inhumana.

El viento no había dejado de soplar.

Como plata líquida, afilados como la hoja de un cuchillo, unos ojos de hielo brillaron en la oscuridad como los ojos de un felino que ha capturado a su presa.

Un silencio fantasmagórico envolvió su cuerpo mientras, como un ángel de la noche, una sombra se reflejaba en sus iris apagados. La sombra del destino.